

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 306 10/4/2026

DICCIONARIO VARGAS LLOSA



HABITÓ LAS PALABRAS

Publicado por el Instituto Cervantes el pasado octubre, con ocasión del X Congreso Internacional de la Lengua Española, *el Diccionario Mario Vargas Llosa. Habitó las palabras* se presenta el próximo viernes en su sede en Madrid, como parte de los actos que se llevan a cabo estos días, en diversos lugares, en memoria del extraordinario escritor, fallecido en Lima el 13 de abril de 2025.

El *Diccionario*.... abarca un centenar de palabras confiadas a igual número de autores.

Aquí, una pequeña muestra de su contenido.

AREQUIPA



ALONSO RUIZ ROSAS

La ciudad construida a base de tufo volcánico donde nació Mario Vargas Llosa fue para él una Arequipa portátil. Cuando apenas hacía un año de su venida al mundo, en el segundo piso de una casa del bulevar Parra que alquilaban sus abuelos maternos -el niño, como es sabido, nació abandonado por su progenitor-, partió a Cochabamba, donde el *pater familias*, su abuelo Pedro Llosa, había conseguido un oportuno empleo. La tribu formada por ese atildado caballero de aficiones literarias y su esposa, Carmen Ureta, migró en pleno, llevando consigo las viejas tradiciones y los recuerdos más vívidos de la ciudad. No era para menos: ambos troncaban con varios de los 198 conquistadores españoles que, en 1540 y con apoyo de la población nativa, fundaron la mesocrática villa. El escritor pertenecía a la octava generación de descendientes del primer Llosa que llegó a Arequipa, a inicios del siglo XVIII, aunque el ramaje genealógico iba de las raíces a sus principales frutos decimonónicos, esos patricios republicanos de semblante severo, cuyos retratos conserva, en un desvencijado museo, la Galería de Arequipeños Ilustres. Vargas Llosa tenía cinco años cuando volvió por unos días a Arequipa, con su madre y su abuela. Se llevaba a cabo el Congreso Eucarístico y el viajero de pantalones cortos contempló los tres volcanes, además de algunos templos y casonas. De ese viaje recordaría la oratoria rotunda de Víctor Andrés Belaunde, que llegó a presidir una Asamblea General de la ONU, y las intimidantes pinzas o tocolas de los rojos crustáceos fluviales que abundan en el chupe de camarones, más tarde su plato favorito. En Cochabamba, conoció también a su admirado tío, el jurista José Luis Bustamante y Rivero, entonces embajador del Perú en Bolivia, luego presidente de la República al que depuso un golpe de Estado y, por último, presidente de la Corte de la Haya. Los Llosa Ureta fueron de Cochabamba a Piura y terminaron estableciéndose en Lima, pero cargaron siempre con unos recuerdos de Arequipa, que Vargas Llosa supo también preservar. Convertido en célebre autor, visitó la ciudad en numerosas ocasiones y decidió hacerle el mejor regalo: su biblioteca. Cuando obtuvo el Nobel, el municipio dispuso ponerle su nombre al bulevar en el que sigue en pie la ahora casa-museo donde nació. Camino a la ceremonia, repasó el himno de Arequipa que todavía recordaba. «Entonemos, entonemos un himno de gloria / a la blanca y heroica ciudad, / cuatro siglos forjaron la historia / del baluarte de la libertad», cantó luego, en medio del fervor de sus paisanos.

GARCILASO



CARLOS HERRERA

Cuatro años y medio en aquella década del cincuenta pasó el joven y brillante alumno de San Marcos acudiendo cotidianamente a la casa mirafloresca de su maestro, el historiador Raúl Porras Barrenechea, para hacer fichas sobre los cronistas de la conquista, colaborando en lo que sería la obra de toda una vida del ilustre intelectual. Seguramente allí, entre la cuarentena de autores estudiados, el discípulo leyó o releó la obra del Inca Garcilaso de la Vega, apreciando su carácter testimonial y la excelencia del estilo. Quizás eso lo ayudó a vencer la creciente tentación de hacerse historiador abandonando sus pretensiones literarias: el Inca era un escritor, un creador y no solo un registrador de hechos y relatos. Literatura antes que Historia. ¿Fue así, Varguitas?

Veinte años tenía el Inca Garcilaso de la Vega -por entonces aún llamado Gómez Suárez de Figueroa- cuando se embarcó rumbo a España, con el objetivo de recuperar raíces y honores que debían corresponder a su padre. No obtuvo mayor cosa de ese pasado, pero sí lo más importante para el futuro: el pleno dominio de un idioma que permitiría la proyección universal del gran mestizo. Veintinueve años tenía Mario Vargas Llosa cuando partió por primera vez a Europa, convencido de que solo allí podría desarrollar una carrera de escritor. Y vaya si lo hizo. En el II Congreso Internacional de la Lengua Española en Valladolid (2001), Mario Vargas Llosa pronunció un ya célebre discurso sobre el Inca Garcilaso que ha sido reproducido en diversos medios y ocasiones. El final de dicho discurso es el siguiente:

Si hay que buscar un principio al largo camino del español, desde sus remotos orígenes en las montañas asediadas de Iberia hasta su formidable proyección presente, no estaría mal señalarle como fecha y lugar de nacimiento los de los *Comentarios reales* que escribió, hace cuatro siglos, en un rincón de Andalucía, un cuzqueño expatriado al que espoleaban una agri dulce melancolía y esa ansiedad de escritor de preservar la vida o de crearla, sirviéndose de las palabras.

Los cuatro autores peruanos que más y mejor han contribuido al desarrollo de la literatura hispano-americana son el Inca Garcilaso de la Vega, César Vallejo, José María Arguedas y Mario Vargas Llosa. Y lo han hecho desde perspectivas muy distintas, opuestas pero complementarias. Vallejo y Vargas Llosa son los artificiosos que dinamitan el idioma español en sus estructuras, tiempos y significados para revelarnos otras realidades. Garcilaso y Arguedas son los constructores de puentes entre las culturas que constituyen su identidad mestiza. En realidad, ellos mismos son los puentes.

LECTURA



EFRAÍN KRISTAL

La lectura fue, para Mario Vargas Llosa escritor, lo que el oxígeno para quienes respiran. Recuerda haber buscado lecturas para compensar los traumatismos de su propia infancia, y desde muy joven consideró que el sentimiento de insuficiencia era una experiencia universal. Una de sus ideas fijas -está detrás de todo lo que escribió- es la propuesta de que las necesidades primordiales del ser humano nunca se satisfacen en la vida real. De allí nace para algunos la voluntad de transformar el mundo, a veces por medios violentos; y para otros, el conato de buscar vidas alternativas en la imaginación. La lectura fue, para Vargas Llosa, un medio privilegiado para tratar de sobrellevar las imperfecciones de la vida, y algunos de los rastros más reveladores de su actividad como lector se encuentran en sus propias ficciones. Recuerda haber leído a William Faulkner con lápiz y papel a la mano. Esos apuntes incidieron sin duda en la creación de sus primeras obras literarias. En *La ciudad y los perros* Vargas Llosa se inspira en sus lecturas del novelista norteamericano para elaborar los planos temporales, puesto que coinciden con los de *Luz de agosto*. La agudeza de su lectura de una obra literaria es palpable asimismo en las modificaciones que Vargas Llosa hace sufrir a un libro que leyó con detenimiento, como cuando transforma al narrador testigo de *Bajo la mirada de Occidente* de Joseph Conrad en el narrador de *Historia de Mayta*. Ambos se proponen documentar una situación política, pero mientras que el primero insiste en la objetividad de su testimonio -porque se trata de un mundo que no comprende y que no pretende analizar-, el narrador de Vargas Llosa confiesa que necesita inventar para crear un libro convincente porque no pudo llegar a la verdad del mundo que había deseado comprender.

PARÍS



RAQUEL CALEYA CAÑA

«¿A qué va uno a París? A corromperse nomás...», recordaba Mario Vargas Llosa, entre carcajadas, lo que le advirtió una tía antes de su primer viaje, obtenido gracias al premio en un concurso de relatos. Y ya algo había en el territorio de sus lecturas juveniles, como las novelas de Dumas sobre la Corte de los Milagros, «ese alucinante barrio refugio de aventureros y criminales».

Entre 1959 y mediados de los sesenta, Mario Vargas Llosa vivió en París, una etapa que él mismo describió como decisiva y, más que a corromperse, fue sin duda a encontrar su destino vital y literario.

Llegó acompañado por Julia Urquidí, con escasos recursos y una firme determinación de dedicarse a la literatura, tras abandonar la idea de ser abogado o profesor. En *Les Halles* cargó carne al hombro de madrugada, fue traductor en *France-Presse* y guionista en la Radiodifusión Francesa. Y en la rue de Tournon, cerca del Jardín de Luxemburgo, dio el «último envío» a *La ciudad y los perros*, la novela que abriría su camino.

En las bibliotecas parisinas y en el Jardín de Plantas buscó materiales para *La casa verde*. Consultaba manuales sobre insectos, ríos y costumbres amazónicas, pero lo esencial no estaba en los libros sino en su memoria: los burdeles y desiertos de Piura, los rumores de la selva. Descubrió que la le-

janía del recuerdo no lo atenuaba, sino que lo convertía en la materia más fértil de la imaginación, semilla de la ficción.

En los cafés del Barrio Latino y en el *Institut d'Études Hispaniques* se fue forjando su conciencia de escritor y de futuro intelectual latinoamericano. Allí compartió discusiones y sueños con Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, con Carlos Fuentes, Juan Goytisolo, Jorge Edwards o Julio Ramón Ribeyro. Todos aspiraban a una literatura a la altura de sus países y de su tiempo, mientras Mario tomaba posición y oposición en los debates de América Latina, como cuando el caso Padilla, que vino a recordar que la esperanza revolucionaria también podía quebrarse.

En París, Vargas Llosa quedó fascinado por autores franceses como Flaubert y Balzac o Sartre y después Albert Camus, pero también recitaba versos de memoria de César Vallejo y siguió las huellas de Flora Tristán.

La que entonces fue capital de las modernas corrientes literarias europeas, el mito de París de Ricardo Somocurcio, se confunde con la vida: los *bouquinistes* del Sena, el Museo Rodin, el restaurante Allard, la pastelería Gérard Mulot, la Maison de la Radio, las librerías de Antonio Soriano, *La Joie de Lire* o Gallimard, y el barrio de Saint-Sulpice, donde instaló su *pied-à-terre* durante años. Allí comprendió que una ciudad podía ser patria, exilio, destino al mismo tiempo; la fue haciendo suya para siempre y le dio distancia para observar desde el exterior los problemas sociales y políticos de Hispanoamérica. Pero, sobre todo, con su obra y su voz Mario Vargas Llosa contribuyó a la tradición de autores y autoras que han hecho de París un escenario universal de la literatura hispanoamericana.

YO



CARLOS GRANÉS

Solo hay una excepción en la obra de Mario, solo un momento o un episodio literario en el que el nosotros reemplazó al yo. Tiene una explicación, desde luego, y es que en aquella historia exploraba esa etapa de la existencia en que el individuo se insinúa, pero aún no ha nacido del todo, y el grupo o la pandilla adolescente es el tentáculo que nos conecta al mundo. Solo en esa ocasión, solo en *Los cachorros*, Mario rehuyó, valga la redundancia, el yo, y lo hizo como una excepción que resalta en el conjunto de un obra intelectual y literaria que es justo lo contrario, un monumento al individuo, una investigación radical en el yo y en sus posibilidades, límites, frustraciones, engaños, conquistas y delirios.

El yo es la pieza central en el engranaje literario de Mario. Es un yo el que decide desafiar la realidad, cometer ese crimen lícito para el artista, el deicidio, y reemplazar la realidad real con un mundo surgido de las fantasías individuales. Yoicos son los demonios que incitan al artista a crear, los motores y temas de la creación. Yo, grita el intelectual que descrece de las mentiras del poder, de los dogmas religiosos, de los clichés reaccionarios que imponen las correcciones políticas y del arrastre heterónomo de la opinión mayoritaria.

Grita Yo y después dice No. Yo no me pliego, yo pienso distinto. Quien dice Yo se convierte en un individuo, y si algo hizo Mario fue defender ese invento moderno de todas las fuerzas colectivistas, desde el nacionalismo a las diversas formas del fanatismo, que buscan aplastarlo o devolverlo a esa etapa embrionaria, a ese nosotros de la tribu o de la inmadurez, a ese nosotros de *Los cachorros* ¡tiempos recios! del que solo se libera quien dice Yo. Quien se rebela y dice Yo y luego No.



ARTE DE LAS CARMELITAS

Sabido es que la Semana Santa tiene en el Perú uno de sus mayores atractivos en la ciudad de Ayacucho, la antigua Huamanga, donde se llevan a cabo vistosas procesiones recorriendo las calles de su casco histórico, que todavía conserva treinta y tres iglesias de los tiempos virreinales. Precisamente en la pasada Semana Santa ayacuchana, el Museo del Monasterio de Santa Teresa presentó la exposición *Un claustro abierto al mundo a través del arte*, en la que se pudo apreciar una valiosa colección de obras -esculturas, pinturas, textiles, mobiliario y objetos litúrgicos- preservadas durante más de tres siglos y que han sido catalogadas y estudiadas por la Universidad de Ingeniería y Tecnología (UTECH), en el marco de un proyecto que contó en su momento con el apoyo financiero de la Embajada de los Estados Unidos en nuestro país.

La exposición invita, por cierto, a reparar en la importancia de esta clausura de las carmelitas descalzas, que cuentan también en el Perú con importantes monasterios cargados de patrimonios artísticos en las ciudades de Trujillo, Lima, Cuzco y Arequipa. En lo que al Monasterio de Santa Teresa de Ayacucho se refiere, según señala el historiador del arte Ricardo Kusunoki Rodríguez en el reciente libro *Contemplativas. Monasterios en el Virreinato del Perú* (Lima, Fondo Editorial de Banco de Crédito del Perú, 2025), su proceso de fundación «comenzó en 1683, cuando tres monjas de velo negro se trasladaron a esa ciudad desde Lima, acompañadas de tres jóvenes que buscaban seguir su ejemplo».

«Es probable que toda aquella larga historia -añade Kusunoki- trajera a la memoria las peripecias en torno a la primera fundación de un monasterio de carmelitas descalzas, realizada por santa Teresa el 24 de agosto de 1562, día de San Bartolomé. Así lo sugiere, al menos, la erudita interpretación planteada por Ramón Mujica Pinilla de un lienzo verdaderamente excepcional, pintado en 1707 por Luis de Carvajal para la iglesia carmelita de Huamanga. El grupo central del cuadro está formado por Cristo y sus doce apóstoles reunidos en la Última Cena. Alrededor de ellos aparecen, de rodillas y en actitud de oración, veinte carmelitas de velo negro y una de velo blanco. La monja principal mira hacia uno de los apóstoles, quien se ha girado en dirección a ella y le señala un plato con frutos que sostiene un ángel. Mujica Pinilla reconoce a la religiosa como Teresa de Ávila y al apóstol como San Bartolomé. Dado que el episodio narrado no concuerda con ninguna de las visiones de la santa, la obra pondría en escena la dimensión simbólica y sagrada que habría tenido aquella primera fundación de 1562».

AGENDA



VÁSQUEZ, EL SURREALISTA

La Feria Internacional de Arte Contemporáneo de Chile, Ch. ACO 2026, ha presentado en su decimosexta edición, celebrada a fines del pasado marzo, en la Galería Marissi Campos, obras del pintor peruano Lenin Vásquez. Nacido en Jauja, en la región de Junín, en 1978, Vásquez migró de joven a Lima, y de 1996 a 2002 cursó estudios en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes, donde obtuvo Medalla de Oro en dibujo. Entre sus exposiciones individuales cabe mencionar las tituladas *Seres rituales* (2007), *En los ojos del Apu* (2009), *Viento SURrealista* (2010), *Cuadrante onírico-jardines y laberintos* (2015), *Delirios crepusculares* (2017) y *Tengo toda la noche en mis venas* (2018). Desde que egresó de la Escuela, ha participado también en decenas de exposiciones colectivas en nuestro país y en muestras llevadas a cabo en Bolivia, Chile, Argentina y Colombia. En 2010, Vásquez realizó un mural en el Encuentro Internacional Arte x Parte en Berazategui, en Buenos Aires. Algunas de sus obras se encuentran en el Museo Bellas Artes de Santiago de Chile, la Alcaldía de Suba, en Bogotá, y en las colecciones de la Alianza Francesa, Faber Castell y Mapfre, en nuestra capital.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe